

# *Las Universidades Politécnicas: ¿El éxtasis y la agonía?*

*Una mirada general a su conformación desde  
la perspectiva de la Investigación*

José J. Quintero Delgado  
mencho@cantv.net



*“La educación en su dimensión más profunda y personalizada no se limita a ser una mera transferencia de conocimientos y técnicas del profesor al alumno. Se trata de algo mucho más ambicioso y radical, pretende extraer el maestro que todo ser humano esconde en su interior, ayudarlo a parir sus propias ideas.”*

**Santiago Álvarez de Mon**

*“Nos encontramos sin instrumentos para orientarnos en el nuevo paisaje (...) Las cosas han cambiado de lugar, las escalas son otras, los límites se desplazan y para colmo, los tiempos ya no son los de la hora marcada.”*

**Norbert Lechner**

La idea tradicional que sobre la Universidad manejamos en el seno de los Tecnológicos se concibe y se aplica, casi exclusivamente, en la medida en que el aporte de sus miembros se despliegue dentro de los espacios de sus campus. Es decir, la vinculación al sentido de lo universitario se refrenda con el desempeño que se tenga en las aulas de clase.

Una labor de proyección de su hacer más allá de los salones resuena con un dejo de extrañeza aunque de entrada

no lo consideremos como negativo. Sin embargo, la percepción de lo que es y significa la universidad no puede fundarse y levantarse solamente por el quehacer de las aulas, no se es universidad únicamente porque se impartan conocimientos “puertas adentro” creando una barrera que repela o ignore otras funciones que pueden estar más en diálogo con el entorno. La noción moderna de universidad no se circunscribe a un claustro incomunicado que recicla saberes eternos, muy por el contrario,

las exigencias que traen los tiempos complejos que vivimos asechan a estas concepciones tradicionales aboliéndolas e imponiendo a la Educación Superior un papel más comprometido con lo que debe ofrecer fuera de los salones y las cátedras.

Al acrecentar su misión más allá del mero educar y encaminarse hacia destinos diversos, renovando lo que supone la perfección de lo que se enseña, se enriquece la finalidad que se enfoca exclusivamente sobre los pupitres. Así pues, lo que reclama la colectividad es que desde los recintos universitarios se priorice y asuma con claridad la tarea de innovar, de investigar, de crear conocimiento válido para contribuir a la transformación y mejora de la sociedad. Esto no nos aleja de lo propiamente universitario, lo que se plantea remite al hecho de que en el ámbito de los mecanismos propios de estas instituciones se integre y se valore, con similar importancia a la labor docente, opciones y tareas que amplíen el espectro universitario.

## ¿Cuál es la trascendencia de la investigación puertas adentro?

Es evidente que los cometidos fundacionales de los Tecnológicos no apuntan sólo a la labor de conservar y reproducir lo que se enseña en las aulas. En teoría, al menos, también están obligados a acrecentar, sistematizar y criticar ese mismo conocimiento nutriéndose para ello del nuevo saber que se está generando, es éste el papel y el momento que debe cumplir la investigación.

La relación docencia-investigación tiene que interpretarse como una necesidad insoslayable que dimensiona la cuantía e importancia de cualquier sistema universitario, regula el nivel de rendimiento académico y pone en perspectiva la capacidad de subsistencia institucional en el tiempo. No podemos seguir interpretando a estas entidades como estancos separados en donde la docencia se adjudica la prerrogativa que da cuenta de lo “verdaderamente” esencial y la investigación funciona como una extravagancia propia de la genialidad de cierto personal docente que se da el lujo de “inventar”. Por el contrario, docencia e investigación componen una simbiosis que reordena un ciclo ineluctable para cualquier institución que se precie de ser universitaria. Ellas, actuando en conjunto y coordinadamente, decantan una labor que se asemeja a la imagen del Ouroboros (la serpiente que se muerde la cola) es decir, un apoyo mutuo en constante evolución, un auto-fagocitarse que permite a las instituciones de Educación Superior resurgir, renovadas, de sí mismas. Desde el fondo de estos ecos podemos discernir entonces la necesidad de no descuidar esa otra herramienta básica capaz de permitir este ciclo productivo.

Así pues, lo universitario requiere de un equilibrio que, por un lado, resguarde una concepción vinculada a su acervo propio, aquello que conlleva la preservación y reproducción de su saber (las carreras, las áreas, los programas, las clases), además de sus valores más representativos y de su memoria institucional; pero a

su vez, demanda un tipo de agilidad que las vincule con la pasión por el descubrimiento, por la innovación, que garantice una renovación y actualización constante en beneficio de su avance a la par de los tiempos que corren. Estos dos polos son la columna vertebral de las instituciones universitarias actuales, otorgan la posibilidad de estar a la altura de sus compromisos al poder dialogar cara a cara y en los mismos términos con sus pares institucionales.

A su vez, el entramado social demanda, día a día, de instituciones valiosas a las que pueda acudir en busca de alternativas para encontrar respuestas a su necesidades, pero si estos factores comunitarios únicamente tropiezan con organismos reducidos a la simpleza elemental de recitar un libreto en forma de conocimiento estático y sin posibilidades de renovarse, como monedas que sólo ofrecen una misma cara careciendo de valor, esas mismas sociedades las harán a un lado dejándolas al margen para ir al encuentro de otras alternativas que interpreten y solventen el acontecer actual. Hoy, como ayer, la universidad no puede evadirse y dar la espalda a estas realidades.

## Una ojeada a los Tecnológicos y un atisbo de las Universidades Politécnicas

¿Han podido los tecnológicos resolver adecuadamente esta tensión entre Docencia e Investigación a favor del equilibrio institucional?

A primera vista el balance es negativo. La producción investigativa ha sido el lado flaco que desnivela ese escenario del que antes hemos hablado, se podría decir que cualquier Tecnológico del país se resentiría al compararlo, a renglón seguido, con la investigación producida en las Universidades Nacionales, y para llegar más al fondo, es necesario dejar en claro que lo que en el país se investiga no tiene manera de competir, por su escasez, con lo que se hace en otras latitudes de América Latina.

Pero la pelota rebota de otra manera en el umbral de época que se avecina. Los tecnológicos aspiran a un nuevo estatus, se plantea a estas instituciones un escalón distinto que reta aún más las destrezas y las responsabilidades de ejercer plenamente y a conciencia las obligaciones universitarias. El presente nos proyecta hacia un cambio de rol, de Tecnológicos a Universidades Politécnicas.

¿Cuán preparados estamos para ello? ¿De qué formavamos a asumir esta nueva etapa? ¿Será simplemente revestir con un suave matiz de contemporaneidad a programas y currículos repitiendo en buena medida los procedimientos clásicos de los tecnológicos; o será realmente una transformación profunda de la estructura derrumbando procedimientos, rutinas y formas de ser consolidados en la práctica diaria, en la visión de sus miembros y en la tendencia preconstruida de sus dirigentes?

Sea como sea que venga planteado lo que serán las Universidades Politécnicas (UPs), es seguro que se encontrarán

de lleno con una situación que no escatima las dificultades, pues surgen en un contexto inestable que opera en medio de una realidad convulsa capaz de contaminar, como nunca antes, las facultades autonómicas propias de las universidades al tener que replicar representaciones, requerimientos y visiones producto de una sociedad altamente polarizada que se tambalea en su inconsistencia moral, política y económica. Cabe entonces preguntarse si las exigencias que subvencionan este proyecto de cambio ha visualizado en todas sus dimensiones la complejidad social en que se involucra o si únicamente intenta apuntalar un punto de vista de raigambre política muy particular.

## Los Retos y sus obstáculos

Reflexionar sobre los compromisos y obligaciones de las futuras universidades politécnicas significa cavilar en los retos que reclama una sociedad, una comunidad de naturaleza mayor, no sólo numéricamente sino también con expectativas acrecentadas cualitativamente. Es por ello que, entre otros méritos a adquirir, las UPs deben afrontar prioritariamente la construcción de nuevos objetivos, deben exhibir una flexibilidad que como Tecnológicos no poseían, de esa manera sabrán adaptarse a lo imprevisto y ejercer el compromiso de la diversificación atendiendo a las nuevas demandas que vendrán de un auditorio más exigente.

Por ende, el escenario al cual van nuestros Tecnológicos metamorfoseados de la noche a la mañana en UPs, nos enfrentan, de

entrada no más, a un panorama de carencias que deja al descubierto diferencias abismales de calidad y de prestigio, cuando por obligación tengamos que comenzar a contrastarnos con instituciones, ahora sí, formalmente iguales. Al pasar a ser Universidades Politécnicas estamos equiparados, en el papel mas no en la realidad, a las Universidades Públicas Nacionales, entramos a una categoría para la cual no hemos adquirido aún el “peso específico” que demanda este estamento. El desafío parece colosal pues plantea un nivel de exigencias para las Politécnicas que hasta ahora no habíamos conocido, y no me refiero únicamente a la desventaja con que claramente partimos en el plano de la infraestructura instalada sino, de forma más preocupante, a una menguada conciencia (desde cualquier ángulo, incluso desde la perspectiva que pueda tener la mentalidad estudiantil) en lo que respecta a la sumatoria de los procesos académicos: docencia, investigación y producción, los cuales resumen lo que podríamos llamar una **cultura universitaria**.

Hablemos puntualmente del ámbito de la Investigación pues su interés es el que guía esta reflexión. ¿Qué se ha hecho respecto a este punto, desde su creación hasta el presente, en los tecnológicos nacionales? No es una pregunta cómoda porque su respuesta es descarnada y tiene un carácter indefectible. Podríamos hablar de “tabla rasa” en cuanto a logros particulares o globales, claro, no se hallan índices que reflejen o midan esta afirmación pero todos

sabemos que lo que se hace está muy por debajo de lo deseado en cuanto al lógico compromiso investigativo que, en el papel, se esperaba. No ha habido un quehacer sostenido al respecto, en estos predios nunca se ha entablado una competencia entre sus pares institucionales como sí ocurre en las Universidades públicas y privadas, no ha sido política de los Tecnológicos fomentar este tipo de rivalidad bien entendida.

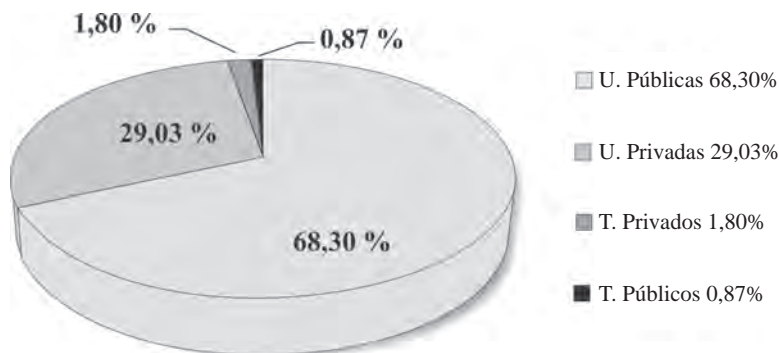
Lo anterior queda patente cuando comprobamos los aportes hechos a la investigación en la Educación Superior mediante la Ley Orgánica de Ciencia y Tecnología (**LOCTI**). Según los datos suministrados por el **Boletín 2007** del Observatorio Nacional de Ciencia Tecnología e Innovación (**ONCTI**),

basado en los indicadores provenientes del Sistema para Declaración y Control Aporte e Inversión en Ciencia, Tecnología e Innovación (**SIDCAI**), de un total de **86.315.021,14 BsF** que fueron pagados al Sistema de Educación Superior Oficial, resulta que el 98,74% se lo llevaron las Universidades Públicas y sólo el 1,26% de estos recursos fue captado por los proyectos de investigación de los Tecnológicos Públicos. Si revisamos lo aportado a las instituciones de Educación Superior Privadas nos encontramos con que entre estas instituciones se repartió un monto total de **38.463.650,38 BsF**, de los cuales un 94.16% se adjudicaron a las Universidades Privadas y los Tecnológicos Privados percibieron apenas un 5,84%. El cuadro siguiente ilustra más gráficamente estas cifras:

<b>APORTES PROVENIENTE DE LA LOCTI PARA LAS INSTITUCIONES DE EDUCACIÓN SUPERIOR AÑO 2007</b>					
<b>Instituciones de Educación Superior Oficiales</b>			<b>Instituciones de Educación Superior Privadas</b>		
Aporte recolectado: <b>86.315.021,14 BsF</b>	Distribución en:		Aporte recolectado: <b>38.463.650,38 BsF</b>	Distribución en:	
	BsF	%		BsF	%
Universidades Públicas	85.225.084,13	98,74	Universidades Privadas	36.219.059,80	94.16
<b>Tecnológicos Públicos</b>	<b>1.089.937,01</b>	<b>1,26</b>	Tecnológicos Privados	2.244.590,58	5,84

El panorama es dramático. Deja al descubierto la considerable carencia investigativa de los Tecnológicos (públicos y privados). Si englobamos en un solo monto todo lo recogido por la Educación Superior del

país en el año 2007, la suma de lo aportado mediante LOCTI se eleva a los **124.778.671,52 BsF**, los cuales quedan distribuidos porcentualmente como los muestra el siguiente gráfico:



Con alrededor de unos 30 o más institutos Tecnológicos Públicos funcionando en un lapso que oscila entre 20 y 30 años, nos encontramos con que en este indicador LOCTI, tan importante y ajustado al trabajo investigativo real, los porcentajes nos revelan que prácticamente estamos borrados de la asignación de recursos.

Pero existe otro gran indicador de la investigación en el país, el *Programa de Promoción al Investigador (PPI)*, adscrito también al *Observatorio Nacional de Ciencia Tecnología e Innovación (ONCTI)*. Esta otra ventana proporciona la posibilidad de que completemos una idea clara sobre cómo gravita y cuál es la dinámica de la parte investigativa en nuestras instituciones.

La consulta que se hizo al sitio oficial en internet del Observatorio Nacional, arroja cifras también preocupantes. En la base de datos de la ONCTI aparecen registrados 5.861 Investigadores Acreditados para gozar de los beneficios que el Programa PPI reparte a nivel nacional, aquí se incluyen las universidades, tecnológicos y otros organismos privados y públicos competentes para la investigación. Al indagar cuántos investigadores acumula la suma total de todos los Tecnológicos Públicos del país nos encontramos con que la cifra sólo llega a 53 PPI, es decir, un **0,90 %**, que comparado con el **86,78%** (5.086 invs. PPI) que acumulan la Universidades Públicas resulta una cifra insignificante y que coincide casi exactamente con los porcentajes que anteriormente señalamos en los indicadores de la LOCTI.

Si la perspectiva es compararnos con las universidades nacionales, equiparación necesaria para entender el grado de compromiso que estamos tomando, quedará patente que lo que hemos vivido durante tantos años traduce una inmovilidad de armario, pobre y estéril. Es evidente que las exigencias necesarias para adquirir el rango que consolida en la práctica, en el hacer, no en lo meramente nominal, la noción de lo “universitario” han dormido aquí un sueño profundo y cómplice sumiendo a estas instituciones en un letargo improductivo. La pasividad, la indiferencia, la despreocupación y una quietud perezosa e irresponsable que en no en pocos momentos pareciera llegar a institucionalizarse han sido el sello de fábrica para los Tecnológicos nacionales.

“Dejar pasar” podría ser una de las consignas que nos identifiquen pero que, en este momento de cambios, pone en evidencia una parálisis peligrosa por los rasgos de indefensión que revela. Lo que se puede preveer es que existe la probabilidad de que surja una diversificación, o mejor, una diferenciación institucional nacional con clasificaciones que podrían llevar a figurar a las UPs como universidades de segunda o de tercera categoría, cosa que sucede ya en otras naciones y que se constituye legítimamente dentro de las ofertas que brindan los sistemas universitarios, pero que en el país, como de costumbre, nunca recibiría una clasificación oficial aunque en la calle, en la realidad, se divulgaría esta valoración como una verdad evidente.

Queda claro, la Investigación no se adquiere con chasquear de dedos, necesita constancia, hábito, trayectoria, cultura investigativa institucional. Si se aspira a crear verdaderas Universidades Politécnicas no se debe omitir este aspecto medular pues desnaturalizaría su “ser”, su esencia primordial. Este riesgo no es poca cosa. Consolidar la noción de Universidad arrastrando de inmediato una mácula de este tipo podría derivar en la posibilidad de repetir, lastimosamente, la apatía que prevaleció en los IUTs durante la mayor parte de su existencia. Y es sobre este vicio que estas líneas intentan alertar. Necesitamos aclararnos a pesar de lo emocionados que nos sentimos con el nuevo “escalafón” al que se nos destina porque, fundamentalmente, conlleva sobre sí una responsabilidad que debemos afrontar y resolver a la par de la consolidación de las nuevas UPs.

¿Cuál es la estrategia que habrá de elevarnos a verdaderos niveles de competencia y desarrollo, a la adquisición de una actitud adecuada para resolver los intereses e inquietudes venideros?

Hasta el momento no se ve una salida fácil. La impresión más palpable es que los criterios que enrumban este cambio tienen un marcado cariz ideológico que sustituye a las nociones y valores institucionales de calidad, los cuales deberían estar privando. El cambio a Universidad Politécnica debe ir más allá del cuestionario (formato) ministerial que se pide llenar para cumplir con unos números que abulten la estadística, la noción

de UP debe estar por encima de los apriorismos ideológicos que ocultan y encubren, como malas falsificaciones de lo universitario, los intereses personales, grupales o partidistas que los impulsan. Lo que pareciera intuirse de este raro modo de operar es sólo el justificar la preeminencia nominativa que nos da la categoría de universidad, mas sin embargo, se ignora, o peor, se oculta, la necesidad de prepararse adecuadamente, de cambiar decididamente para cumplir las exigencias de un nivel de mayor complejidad. Al simplificar la realidad para que pueda “encajar” en los prejuicios y mandatos de modelos que a toda prisa tratan de imponerse, se vulneran procesos que requieren una cota de estudio, preparación y comprensión más adecuada.

Así entendido, el planteamiento hacia las UPs nos llega como un salto atractivo, pero que parece no preveer la dimensión del vuelo ni el vacío a sus pies. Si se ha de exponer una convicción diría que el problema tiene relación en menor medida con lo técnico para depender mucho más de criterios, de formas de conocimiento, de una cultura organizacional que pueda excavar y adentrarse en un mundo que necesita ser visto, interpretado y explicado de otro modo.

## Coda

De niño, una de mis películas favoritas fue **La agonía y el éxtasis** del inglés Carol Reed. Trataba del período de la vida de Miguel Ángel Buonarroti (Charlton Heston) en el cual, bajo el encargo del Papa Julio II

(Rex Harrinson), emprende el trabajo de pintar el techo de la Capilla Sixtina. La tensión que en la cinta mantienen estos dos personajes es uno de los más llamativos hilos conductores de la trama. El Papa ejerce una constante presión sobre el artista para que termine pronto su obra: “¿Cuándo lo terminarás?”, preguntaba con frecuencia su santidad, “Cuando lo termine”, respondía desde los andamios un obstinado Miguel Ángel que sabía que todo tiene su tiempo y que lo verdaderamente valioso no se construye, de la noche a la mañana, sólo por el deseo o porque alguien lo decreta.

La película llega a su fin cuando, pasado largo tiempo, el Papa concluye una misa dominical y junto a todos los presentes dirige su mirada al techo de la Capilla Sixtina para contemplar aquel magnífico fresco que ha costado a Miguel Ángel años de sufrimiento y de lucha, de verdadera agonía. Comienza entonces el arrobamiento ante la obra maestra, el éxtasis que ya lleva cerca de cinco siglos de perenne admiración.

Todos deseamos que la historia de las Universidades Politécnicas siga un curso capaz de permitir el desarrollo integral de los valores de excelencia institucional a los cuales aspiramos. La impresión que me produce este comienzo viene a contrapelo del guión de la recordada película. No quisiera creer que la fórmula planteada sea “**El éxtasis y la agonía**”. Un éxtasis al que estamos de entrada sucumbiendo por su atractiva posibilidad de escalar en categoría, por la oferta de adquirir un estatus universitario de carrera



larga, por disfrutar de las mieles de un rol seductor a todas luces pero para el cual, tal vez, no estemos adecuadamente preparados para ejercerlo a plenitud y con entera conciencia de las responsabilidades que acarrea.

Ominoso sería que luego de ese “éxtasis”, de ese baño de júbilo y alegría que el cambio proporcione, tengamos que, como un Miguel Ángel trepado en altos andamios, padecer la “agonía” de emprender una enorme tarea pero, a diferencia de aquél, sin las habilidades, recursos y competencias que poseyó el gran maestro del Renacimiento.